

entonces sería ella quien se encarase con la pelina para poner las cosas en claro porque *mi hija, y yo que soy su madre mejor que nadie lo sé, y que se enteren muy bien enteradas y para siempre usted y todas sus pelincillas, no ha dicho una mentira jamás...* Cantándole — me la imaginaba yo en el descansillo muy cargada de razón y amor materno echando chispas por sus ojos verdes — las cuarenta a la madre de tamaña lenguaraz.

Pero cuando hablé sucedió que no me atendió, o no me entendió, porque no tomó en absoluto en cuenta la diferencia tan abismal entre ambas versiones y lo que hizo fue volver a la zapatilla en cuanto abrí la boca.

Entonces sí que me quedé perpleja y dolida, porque si la versión primera estaría siendo una calumnia que no se debía consentir ni tolerar, la versión segunda, es decir la mía, se ceñía como un guante a la realidad que cualquiera que quisiera asomarse a la ventana de nuestra cocina podría constatar con absoluta objetividad.

Vamos, que habría yo podido entender, si ella me los hubiese explicado como Dios manda, zapatillazos por haber dicho algo que no debía salir de casa; vale ¡Pero zapatillazos del todo distintos de los anteriores y perfectamente diferenciada una tanda de otra!

Porque, a mi juicio, lo que mi madre tenía que haber hecho tras prestar atención a mis explicaciones era pedirme perdón y darme besos amorosos y hacerme natillas o rosquillas por borrar la injuria de la tanda primera y, después, si quería, emprender un nuevo ataque basado en la pura verdad de lo sucedido.

Ella, sin embargo, actuó del mismo modo ante la verdad que ante la mentira; y eso a mí me pareció del todo insensato.

Otra tarde, calculo que más o menos por la misma época, el desencuentro fue con mi padre.

Ocurrió estando en la cocina de casa — entonces se hacía mucho la vida en las cocinas — mi madre y yo y unas vecinas de a la vuelta, *del sesenta*, que decíamos de igual modo que ellos nos llamaban a los de mi portal *los del ocho*, que se llamaban Ascensión la madre y, la hija, la Ascen.

Mientras las madres se ocupaban, sentadas a la mesa camilla, me parece recordar que en hacer chorizos — compraban a medias todos los ingredientes para el picadillo, y la tripa por metros que rellenaban con un embudo, y el cordel para enristrarlos —, la Ascen y yo jugábamos a algo inventado tal vez por nosotras mismas y consistente en, en el espacio libre entre la mesa y la ventana, establecer dos diminutos territorios a los que denominábamos respectivamente «nuestras casas».

Y allí andábamos en nuestros juegos cuando entró mi padre, que llegaba de hacer horas extraordinarias en el banco, justo en el momento en que yo estaba diciendo “esta es mi casa”, o tal vez “sal de mi casa” o “vete de mi casa” o “esta casa es mía” y, el, socialista como se obstinaba en sostener ante todo el mundo que era pese a que a mi madre la asustaba temerosa de que le pudiera causar problemas y tal vez lo detuvieran, me soltó un bofetón porque las cosas, en teoría, tenían que ser de todos.

En aquella ocasión creo que no me tome el trabajo de explicar el verdadero sentido de mis palabras. Y lo dejé correr aunque nunca olvide — a la vista esta — del todo la bofetada.

Y, por si afirmar que aquellos dos acontecimientos fueron del todo decisivos para determinar mi carácter resultara excesivo — que podría resultarlo — por incurrir en la pretensión de dar idea de que fuese yo una niña con espíritu desmesuradamente crítico, no asegurare tal cosa pero sí que me recuerdo a mí misma, en ese periodo de tiempo que va de la niñez a la adolescencia, como persona tan retraída y temerosa del alcance no siempre previsible de las palabras que, salvo que se hicieran del todo necesarias o las considerase lo bastante neutras como para no causar sobresaltos, utilizaba las menos posibles.



Tal vez lo que procediera fuese pensar que esta historia terminaba aquí, así; pero escarmentada como estaba después de haberme encontrado varias veces con enlaces que no estaban y luego aparecían y, otras, con que algunos que sí habían estado dejaban de estar, no quise pensar nada definitivo y dejé, simplemente, correr el tiempo hasta que, un día, encontré esta **página suelta**.